

Ideal Revista

PUBLICACIÓN ARTÍSTICA SEMANAL

Año II | Valdepeñas 14 de marzo de 1927 | N.º 11

Administración: Empresa del Cine Ideal

CINE IDEAL

FUNCIÓN DE MODA

el Martes 15 de Marzo

a las DIEZ de la noche

PROGRAMA

Proyección de la película,

**Más fuerte
que el amor**

POR

RODOLFO VALENTINO

Ideal Revista

Esta publicación se reparte a domicilio gratuitamente.

Se suplica a las personas que deseen recibirla, que se sirvan notificarlo a la Empresa del CINE IDEAL.

No se devuelven originales ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

CINE IDEAL

Programas a proyectar

Jueves 17,

Cárguelo en mi cuenta

Viernes, Sábado y Domingo,

El Fantasma de la Ópera

Martes 22,

FIGARO EN SOCIEDAD

¡Qué dulce es esperar!

Qué dulce es esperar; tras del balcón florido
espera la ilusión en su dorado nido
un «algo» que no puede la mente precisar;
esperar ¡siempre, siempre! desea el alma ansiosa
de emoción y de ensueños, entonando amorosa
el himno de la vida, que es el mejor cantar.

Para el alma, la vida del tiempo es un rosario
que sube al infinito como humo de incensario
las cuentas de sus días en nubes de oración;
y si el corazón duele por la pesada carga,
con que a veces el mundo nuestros años amarga,
¿qué importa si esperamos feliz compensación?

El artista que espera de su pincel la fama,
el joven el cariño de la mujer que ama,
la madre para el hijo riqueza y bienestar...
Y sufre él religioso para lograr el cielo
infiltrando a su cuerpo, martirios y desvelo
y diciendo gozoso; ¡qué dulce es esperar!

Aquel que dió a los pobres, aquel que al afligido
ternuras prodigara, y no haya maldécido
sus horas inclementes, la cruz de su pasión;
es que espera en sus obras el galardón triunfante
con que Dios las virtudes ha de premiar amante
vislumbrando una dicha de eterna duración.

Sufrir, este es el lema de todos los humanos;
 perdonar las ofensas y amar a los hermanos
 y vencer los amores, por un mas grande Amor,
 es de los sacrificios el mayor heroismo,
 la moral mas sublime de todo catecismo,
 pues santifica el llanto y, sonrie el dolor.

Subid almas muy altas, a la cumbre infinita,
 apoyaos con firmeza en la fé que, bendita,
 alienta la esperanza, iris que ha de irradiar,
 en medio de las penas y de las amarguras,
 la promesa rosada de dichas y venturas,
 que Dios legó a los hombres; ¡Qué dulce es esperar!

Y mientras que la muerte callada, silenciosa,
 va truncando ambiciones o cortando piadosa
 del pobre las miserias que le hacian sufrir,
 el rosario del tiempo nos traerá en la esperanza
 los nuevos horizontes de bellas lontananzas,
 perspectivas que incitan a... esperar y a vivir.

ANGELITA RODERO



Revisado por la censura.

Las tachuelas doradas

(CUENTO)

Toda la esplendidez que cabe en un judío, se podía apreciar en Samuel, moderno elemento evolutivo de la inextinguible raza bíblica.

Apático y comodón, nunca se apresuró en correr tras los negocios comerciales y usurarios que, propicios y solícitos, se le solían presentar turbando ligeramente la placidez de sus horas.

David, tipo de judío más legendario, flaco, activo, avaro y madrugador, no disfrutaba de su más merecida suerte y tras de un frenético correr tras los negocios, veía que estos, guiados por un irracional destino, huían de él para refugiarse en la suntuosa morada de Samuel. Solo los míseros que allí no encontraban acceso, se aventuran a penetrar en su lóbrega covacha.

Desde un pueblo próximo al que ambos habitaban, fueron un día llamados los dos a concurrir en una prometedor almoneda.

A media noche, ya se encontraba en camino el diligente David con el fin de adelantarse a Samuel, de quien estaba seguro que hasta bien transcurrido el mediodía, no montaría en su lucio y enguinaldado jumento, al que su magnífico dueño jamás hostigaba a acelerar su carrera con el despacible aguijón.

La inquebrantable constancia de David, le hizo caminar ligero el resto de la noche solo aliviado por fugaces descansos y un sobrio desayuno tomado al amanecer, lo puso en ánimo de llegar pronto al final de su camino.

Es costumbre de hombres aprovechadores ir con la vista fija en el suelo y ésta cualidad, muchas veces celebrada por David, hizo que tropezase su mirada con un objeto pequeño y brillante.

Se agachó a recogerlo y al ver que era una tachuela dorada, la guardó en un amplio saco que siempre solía llevar en sus viajes, para las escasas provisiones y lo que pudiera presentarse. Para él no había objeto desprovisto de valor y no se arrepintió de su aprovechamiento cuando unos cientos de metros más allá pudo coger otra tachuela exactamente igual a la anterior.

Estos objetos que pudieran servirle cualquier impensado día de alguna utilidad, le infundieron optimismo acerca de la buena suerte con que aquel empezaba.

No hubo andado muchos pasos más, cuando encontró otra tachuela y luego otras dos más.

Y así, siempre andando y nunca escatimando la flexión de su espina, fué alborozadamente encontrando cada vez más frecuentes y numerosas tachuelas.

Mucho era el tiempo que en su camino perdía pero bien lo compensaba lo grato de su recolección.

Llevaba ya el saco mediado con su carga y eran tan abundantes

los pequeños hallazgos que el aprovechado judío llegó hasta dejar abandonados algunos sueltos en el camino.

Y cuando al fin su trabajo y el peso del saco, ya repleto, lo rendían, encontró un montón tan grande de tachuelas doradas que sobraba para llenar otros dos sacos como el que tan a duras penas conducía.

Lo más extraño, fué que David no sintió ante tal presente la alegría que era de esperar sino profundo desaliento. Comprendió que se hallaba ante la puerta del *país de las tachuelas doradas*, donde éstas, por su abundancia no tienen valor alguno.

Reconoció la esterilidad de su esfuerzo al agacharse millares de veces para recoger aquellos despreciables objetos de los que cómo-damente hubiera llenado su saco en aquel paraje o en los aún más abundantes que en el transcurso de su camino encontraría.

Y arrojó con enojo al suelo su pesado fardo y libre de él, continuó andando hacia el pueblo donde otro negocio más próspero lo esperaba, siendo su mayor sorpresa, la de no encontrar en el resto de su caminata ni una sola tachuela.

Desconcertado y agotadas sus fuerzas, se sentó en el ribazo del camino, indeciso entre avanzar o retroceder y en esta situación vio cruzar, ya bien transcurrido el mediodía, ante él, caballero en su lustroso asno, al radiante Samuel, que lo saludó cariñosamente.

Esto, lo sacó de su indecisión y se dirigió al pueblo tras Samuel, con la rapidez que sus escasas fuerzas le permitían.



Sin haber podido realizar el propuesto negocio, que Samuel le le arrebató, ni ningún otro de los que había después intentado, el mísero David regresaba al final de aquella tarde hacia su pueblo, animado aún, en su persistente optimismo con la esperanza de recoger el saco de las tachuelas doradas en el sitio en que horas antes lo abandonó.

Al llegar a él, vio al feliz Samuel fumando tranquilamente sentado al borde del camino y junto a él su tranquilo jumento cargado con tres repletos sacos.

—¡Oh querido David!—le dijo cariñosamente Samuel levantándose para recibirlo.—Sin duda te envía el Cielo para sacarme del apuro en que me encuentro. Mi pobre burro, poco acostumbrado al trabajo, mal podrá sufrir el peso de estos tres sacos y el no ligero mío. Solo tu, cargando con uno de ellos, me podrás hacer aprovechar completamente esta carga de tachuelas doradas que encontré aquí esta tarde cuando iba y que no he visto inútil recoger a mi vuelta. Favor, con dinero se paga que es el mejor de los favores.

El esforzado David, no quiso despreciar la mísera compensación que a la ruda tarea de aquel día podía encontrar en los pocos cuartos que por el transporte recibiría y maldiciendo de su triste estrella camino, con el saco acuestas hasta la suntuosa mansión de Samuel maravillado de no haber echado el hígado por la boca.

—La constancia y el trabajo, deben tener su premio y tú bien lo mereces por esto;—le dijo el opulento judío después de ayudarle a descargar el saco.—Quiero premiarte mejor que tu destino con algo de más valor que lo que hoy podías esperar.

Y sacando una primorosa alcancía de fina y frágil porcelana, introdujo en ella ante los atónitos ojos de David hasta cincuenta monedas de oro.

—Toma—añadió—este es tu salario.

—¡Oh gran señor—exclamó David dosconcertado,—juro por Dios de Israel, que no solo eres el más generoso de los judíos sino el más grande de todos los hombres.

Y prodigando sus mas entusiastas zalemas, salió contentísimo tras haber besado aquel suelo repetidas veces.



No habían transcurrido muchos días, cuando Samuel vió aparecer en su puerta a su humilde colega, triste y famélico que le dijo.

—¡Oh generoso señor! Te suplico que me saques de la más espantosa de las miserias, pues los negocios se dan mal y hoy no tengo ni un pedazo de pan para llevar a la boca.

—¿Cómo?—gritó Samuel—¿gastaste ya las cincuenta monedas?

—Nada de eso, señor; esta primorosa alcancía que las contiene, tiene algún secreto que impide sacar las monedas por su ranura sin romperla. Por eso te suplico que la tomes y me des las cincuenta monedas que contiene y una más por la alcancía que seguramente vale lo menos dos.—Y esto diciendo, la sacó de su envoltorio que la preservaba cuidadosamente.

Rió Samuel del caso y le dijo:—Quédate con la alcancía y el dinero y rómpela cuando lo necesites—.

—¡Ah señor! Líbreme Dios de hacer t al desacato. Tómalala tu y cree que al quedártela por una sola moneda haces un buen negocio.

—No la necesito,—dijo Samuel y acto seguido lo condujo a una habitación donde entre miles de primores semejantes, tenía una gran cantidad de alcancías iguales a aquellas.

Quedó decepcionado David al contemplarlas y arrojando la suya al suelo añadió mientras recogía las monedas de entre sus pedazos.

—Ciertamente, Samuel, me engañaste con tu alcancía que yo creí única en el mundo.

—Es verdad—contestó Samuel gravemente,—que no hay nada por insignificante que sea que no tenga su valor; también lo es que las cosas pierden en nuestra estimación cuando las vemos al alcance de cualquiera; pero no debemos conceder demasiada importancia a esta impresión ni a los pequeños incidentes que se presentan en nuestro camino cuando hemos de conseguir un fin más grande. Si alguna vez, David, vas a concurrir conmigo en algún negocio, no te entretengas en recoger las tachuelas doradas que encuentres en tu camino.

Domingo de Piñata

Por la mañana

Según afirman los madrugadores el domingo amaneció lloviendo. Esto no lo dudamos un punto, pues tenemos formada la mejor opinión de esas personas que, en extremo corteses, a diario se levantan para recibir la visita diurnal del sol, no bien las leves y rosadas tintas de la aurora desputan por Oriente. Lo que sí podemos afirmar es que cuando nosotros nos echamos a la calle no llovía, aunque si hacía, o mejor corría, y mucho mejor aun soplabá, un airecillo tan desagradable y fresquito, que no era aventurado presagiar que el adiós al Carnaval sería aburrido y tristón. Las oscuras y apelonadas nubes parecían dispuestas a corroborarlo.

A pesar de ello, y en nuestro afán de informar al público, provistos, por si acaso, de ese artefacto inútil y antiartístico, y por añadidura origen y causa de infinitos casos de amnesia, que se llama paraguas, nos dirigimos a la avenida del Pintor Mendoza, con el temor de vernos solos en aquellas amplitudes.

¡Cual no sería nuestra sorpresa, al darnos cuenta de la extraordinaria animación que allí reinaba, y el crecido número de mascaritas, que con sus agudos gritos y voces ahiplados o en falsete, ponían su nota alegre y pintoresca en este adiós al Carnaval que nosotros sospechamos aburrido y tristón! ¡Vive Dios que somos malos profetas! Aunque más vale así, para que en este día puedan regocijarse jóvenes y ancianos, alegres y melancólicos; en este día que el taimado Poseidón pensaba escamotear a Momo, dejando abiertos los grifos de las nubes, que sin duda algún Genio tutelar cerró cuidadosamente, para impedir que tal añagaza privara a las bullangueras máscaras de sus atrevidas, jocosas y alocadas bromas.

Acompañados de nuestro Garcilaso de la Veguilla—que dicho sea de paso lucía su terno nuevo y su nuevo y ya famoso *abrigo-fiambarrera*, y que había salido a la calle dispuesto a inflamar corazones y a *castigar* a toda la que se le pusiera por delante,—dimos unos paseos que fueron triunfales, según los calificamos en acuerdo mútuo, aunque en la causa del triunfo ya no estuvimos acordes, pues en tanto él lo achacaba al éxito del número extraordinario de IDEAL REVISTA, yo lo imputaba a las torrefactantes o torrefacientes miradas de sus ojos adormecidos y plenos de langor, y a su porte tenoriosco y conjuistador.

¡Cómo iría esta mañana Garcilaso, que una máscara, rendida a sus encantos, le ofreció su alba y microscópica mano para cuando enviudara! Ya lo sabeis doncellitas soñadoras: para lograr los favores de este galante y triunfador Mañana hay que guardar *cola*.

El cronista faltaría a la verdad si dejara de confesar su derrota, aunque al confesarla tenga que sacrificar todo el caudal de amor propio que siempre puso en sus lides amoratorias; pero este día y al lado de tal hombre—¿qué las das Garcilaso?—su eclipse fué total, sin que le valieran de nada su apolínea figura y su abundante y lustrosa cabellera, que fué siempre el encanto de las damas. Como consecuencia juré no salir junto con Garcilaso a sitios o lugares en que haya damas que conquistar.

Poco a poco, las nubes habíanse ido difuminando, sin darle importancia a Garcilaso ni al cronista, y acabaron por dejar presumir que la tarde sería digna de una triunfal apoteosis de la fiestas carnavalescas.

Máscaras, muchas máscaras, si bien los disfraces carecieron de originalidad y gusto artístico, fué la nota de esta mañana de la Piñata.

Por la tarde

Cuando llegamos a la avenida del Pintor Mendoza, enorme gentío llenaba las amplias aceras y el espacioso andén central, y una larga fila de coches y automóviles se deslizaba por las calzadas laterales, mostrando la sana alegría y el afán de divertirse de los ocupantes de todos los vehículos allí congregados.

La animación era extraordinaria, parecía como si la gente hubiera reaccionado del marasmo en que estuvo sumida los tres días de Carnaval.

También vimos mayor cantidad de máscaras que el martes. Y pudimos apreciar un mayor derroche de confetti y serpentinas y demás armas arrojadizas, propias de las carnavalescas lides.

Para ahorrarnos trabajo y espacio (y en atención a que ya en nuestro número extraordinario de Carnaval publicamos una completa y extensa información de los coches y automóviles que con su presencia habían animado la tarde del tercer día) citaremos en esta crónica sólo aquellos carruajes que no fueron reseñados, y los que siéndolo, bien por su adorno exterior o la variedad del disfraz de sus ocupantes, merecieran de nuevo ser citados.

Entre los que por vez primera se presentaron en estas fiestas estaban:

Coche de don Pedro Sanz, en que iban éste y señora y un lindo monaguillo que era su nietecito.

Auto de don Ramón Alonso, portador de la clásica belleza y de la nativa distinción de las señoritas de Laguna (Caridad y Gracia); y de Muela (Pilar y María).

Jardinera, ocupada por las bellísimas, atrayentes y encantadoras, Manolita Fernández; Pepita Molero; y Palmira, Victoria y Pepita Fernández.

Automóvil, que mostraba en su interior la gracia y hermosura

de las señoritas Isabel y Margarita Arrieta; Josefa Lérida; y Marcela y Domitila Cobo, vestidas de capricho.

Coche de don Manuel Rodero, en que además de la distinguida esposa del señor Rodero, iban la señora de don Juan Ruiz Cejudo, y niños.

Señorial landón de don Luis Fillol, ocupado por la angelical señorita de Fillol; y señora de don Luis (nee Juliana Ruiz de León).

Coche, en que pudimos admirar la belleza y lozanía de las jóvenes Tomasa, Consuelo y Josefa Megía; Pepita Maroto; y Guadalupe e Isabel Rodero.

Familiar de don Narciso Maroto, que iba ocupado por la respetable dama Concha Aguilera; y señora de Maroto.

Carroza titulada «Pierrots cantando a la Luna», en que bajo el soñador disfraz de pierrot, confeccionado en negro y rosa, y tras el poético melio antifaz veneciano—que embellece y agranda los ojos, y da frescura y lozanía a las bocas, y perfección estatuaría al óvalo del rostro,—adivinamos a las gentiles y angelicales señoritas María y Felisa Caminero; Antonia Vega; Pilar, Emilia y María Moreno; Amalia López; Consuelo Román; y Luisa Mediero.

Presentáronse luciendo nuevos y artísticos disfraces, y en su cómodo landó; las bellas y simpáticas Paquita, Estrella y Luz Palacios; y Amelia Recuero. Vestían primorosos trajes de princesas árabes, modelos de verismo y buen gusto.

También se presentó una alegre jardinera—ese carruaje tan español—que parecía venir del saudoso y evocador Valle del Pas, pues de pasiegos eran el tocado y las galas que lucían, Agueda Elvira; Amparo y Pilar Roldán; Isabel, Gregoria y María Martín; y niña Neme Sánchez: ¡guapas, muy guapas, preciosas, estas pasiegas! Tanto, que hubiéramos deseado fervientemente ver la luz primera en el tranquilo y sosegado Valle, para no perder de vista a estas jóvenes pasieguitas.

Como el tiempo había mejorado notablemente en el transcurso de la tarde, la animación duró hasta que las sombras invadieron la avenida, obligando a la muchedumbre a retirarse.

Podemos afirmar que la Piñata, volvió cumplidamente por los fueros del Carnaval.

Per la noche

Hablar de la noche del domingo de Piñata, es hablar de los bailes. Y hablar de los bailes es: decir que estuvieron animadísimos, mucho más animados que en los tres días anteriores, domingo, lunes y martes de Carnaval; que en ellos se derrochó alegría y buen humor; que a ellos asistieron más disfraces y mantones de Manila, tal vez obedeciendo a la súplica que en nuestro número anterior hicimos a las bellas valdepeñeras.

En la noche del domingo se bailó de lo lindo en todos los casinos y círculos.

En el Real Automóvil Club hubo baile también el sábado por la noche, y la juventud se entregó por entero a las delicias de la danza. Han sido estos bailes los más animados del Carnaval, contribuyendo a su esplendor el arte musical, de los señores Pinilla y Merlo.

En la Concordia se suspendió el concierto y se rindió culto a Terpsicore; mostrándose incansables bailarines los distinguidos jóvenes y las lindas damitas que honraron con su presencia los salones de esta sociedad.

En la Confianza se celebró por la tarde un simpático baile infantil, en el que los pequeños hallaron ocasión para dar suelta a su espíritu inquieto. Los pequeños bailaron y galantearon igual que los mayores. Por la noche la animación fué extraordinaria, asistiendo bastantes muchachas ataviadas con el clásico mantón.

En el Liberal también se animaron a dar dos bailes para aprovechar las noches del sábado y domingo, y a fé que el éxito más completo coronó la idea, pues a ellos asistieron buen número de máscaras que con sus bromas llevaron la alegría a los elegantes salones de este casino.

Por no ser menos, también el Republicano invitó a su sociedad a frecuentar sus amplios salones en las noches del sábado y domingo de Piñata. Decir que se vieron atestados de un público jovial y bullanguero, y de unas mascaritas locuaces y bromistas, no es sino rendir culto debido a la verdad. Los que conocen la tradición de los bailes seben que va el éxito con ellos.

En el Cine Ideal se contaron por llenos rebosantes los dos bailes de despedida al Carnaval. El Ideal tiene su público, y a no ser que algún cataclismo lo impida, el amplísimo salón se verá siempre animado y rebosante de un gentío que va allí a divertirse y a disfrutar intensamente. Sin género de duda alguno, podemos afirmar que el mejor negocio del día es ser empresario de estos bailes.

Y hasta el año próximo, en que todos hemos de contribuir a remozar esta fiesta alegre y simpática del Carnaval.

Queda todo un año para pensar disfraces, organizar carrozas y ver el modo de levantar artísticas tribunas. No lo fiemos luego a la improvisación que casi siempre resulta mal.

¡Salvemos a Momo!

UN REVISTERO IDEAL

CATALAN Joyería, Relojería y Platería
INMENSO SURTIDO
Pi y Margall, 6, Valdepeñas



DE éxito rotundo y acierto máximo podemos calificar sin temor a la hipérbole, el concierto organizado por IDEAL REVISTA. Plenos de orgullo y satisfacción, disculpable y justificada en este caso, podemos sentirnos los que en tal acto pusimos anhelos y entusiasmos, pues la realidad superó no poco nuestro ideal; que alguna vez la ilusión había de ser vencida y humillada por el más bello realismo.

A público y artistas nuestro agradecimiento más profundo y sincero, nuestras más efusivas y rendidas gracias.

Al público, por honrarnos con su asistencia y dar la más gallarda prueba de educación y cultura musical, escuchando con absoluto y respetuoso silencio las tres partes de que constaba el programa. Sólo en aquellas inolvidables veladas de la Asociación de Cultura Musical, hemos de hallar los antecedentes de esta exquisita y delicada atención del distinguido auditorio, que en la tarde del pasado lunes llenaba la sala del Cine Ideal.

A los artistas, porque acertaron a cautivar la atención de los oyentes con su noble y depurado arte; poniendo en la interpretación de las composiciones, todas sus facultades y su alma toda, inspiradas en el ritmo y en la técnica más depurados y exquisitos.

El concierto obedeció al siguiente programa:

«*Primera parte:* Agua, azucarillos y aguardiente, fantasía, Chueca.—Czardas húngaras (violín y piano), Monti.—El Califa de Bagdad (violín y piano), obertura, Boieldien.

«*Segunda parte:* Granada (violín y piano), Albéniz.—Souvenir (violín y piano), Drdla.—La Bruja, jota (violín y piano), Chapf.

«*Tercera parte:* Bohemios, fantasía, Vives.—Papillons (piano), Srta. Cassuso.—Romanza en sol mayor (solo de violín), L. Nicolás.—Gran Jota (violín y piano), Hierro.

Y su interpretación estuvo a cargo de los entusiastas artistas: Angelita Cassuso, pianista; Luis Nicolás, violín; y Jesús Velasco, jazz-band.

El notable terceto integrado por jóvenes y animosos músicos—a los que si no se abandonan y perseveran en el estudio, no es aventurado augurar un brillante porvenir—ejecutó las obras del programa, con gran maestría y dominio sorprendente.

Su labor de conjunto fué admirable, sobre todo en la parte primera. Sin que esto quiera decir que la actuación en las dos restantes, dejara de ser irreprochable, culminando en los solos que fueron inspiradísimos.

Juzguémosles ahora separadamente.

Al hablar de la señorita Cassuso hemos de hacerlo teniendo en cuenta

su doble cualidad de pianista notable y excelente compositora. Como pianista podemos decir de ella lo que el gran compositor y crítico francés Henri Duparc, dijo de una pianista excelsa: «Cuando se pone al piano sabe llegar al alma, y nos deja asombrados con su maravillosa ejecución». Como compositora diremos: que en «Papillons» (mariposas)—que nada tiene que ver con la composición de Schumann de igual nombre—se nos muestra inspirada y fácil, habiendo acertado plenamente al calificar de «Mariposas» su producción, pues no otra cosa expresan las notas y las manos en el incesante y armónico revoloteo. Presagiamos a la Srta. Cassuso un porvenir brillante como concertista y autora. Su estudiosa juventud es garantía de éxito.

En cuanto al violinista señor Nicolás se nos reveló como un virtuoso. Matiza la música, y su técnica es depurada y exquisita. En momentos recuerda a los más eminentes maestros del violín: tales son su maestría y ejecución. En su «Romanza en sol mayor»—pues también el señor Nicolás es compositor—nos dió la sensación de una cosa perfecta, plena; ya que dicha «Romanza» es un compendio de todas las dificultades técnicas que el artista ha de vencer en el difícil instrumento. Dificultades que se traducen: primero, en la composición a dos voces para expresar las combinaciones que pueden obtenerse del violín al dar la expresión precisa al acorde; y después, en la unión y combinación de armónicos con los pizzicatos de la mano izquierda, como igualmente las arcadas o golpes de arco, con pizzicatos y armónicos. En el final, de gran efecto, la dificultad crece por la precipitación de los sonidos a duo. Hay en el señor Nicolás un formidable solista si se cultiva y depura y encamina sus pasos por el camino del arte clásico, y un futuro compositor que en nada desmerecerá de nuestros grandes compositores y violinistas que llevan en triunfo por el mundo el nombre de España.

Y para terminar nos ocuparemos del señor Velasco. Joven, muy joven, es ya uno de los mejores jazz-band españoles. Dotado de fina y atinada percepción artística, hace del ruidoso instrumento—importado por el exotismo de la música americana—un surtidor de notas atinadas y perfectas. Su mejor elogio queda hecho diciendo que el escandaloso jazz-band, creado para dar impulso a las modernas danzas, se convierte en sus manos en noble y agradable instrumento. Y es que Velasco, ante todo y sobre todo, es un expertísimo conocedor del pentágrama, un verdadero artista.

Al finalizar las partes de que se componía el programa, como igualmente al terminar el mismo, el público aplaudió calurosamente a los ejecutantes, y les obligó a repetir algunas obras.

De nuevo damos las gracias a público y artistas. Y la expresión más sincera de nuestro reconocimiento sea para las bellas y atrayentes damas que con su presencia realzaron el esplendor de la, para nosotros, inolvidable fiesta.



JUAN DE ORDUÑA

FOTO MASANA

Nuestras interviús

Juan de Orduña

—¿El señor Orduña...?

—Sí, le espera.

Recoje la doncellita nuestro gabán y nuestro sombrero y cuando inclinada graciosa y respetuosamente nos invita a franquear la puerta del despacho, en su umbral aparece el protagonista de «Boy».

Afable, cordial, nos saluda, haciéndonos luego tomar asiento frente a él.

Habla mucho. Muy vehemente, atropella un poco las palabras en su hablar nervioso.

—¡No me hable usted de eso! exclama—No se puede dar una idea de mi asombro, de mi tristeza... ¡Con la ilusión que puse en «Vencedores de la muerte»... ¡Emocionado como nunca, esperé su estreno que prometía ser un acontecimiento. Antonio Calvache y yo, habíamos puesto todo nuestro afán, todo nuestro entusiasmo en esa película. Y no puede usted imaginarse nuestra angustia al ver que en el *cine*, antes de comenzar la representación, se iba extendiendo una hostilidad contra nosotros realmente alarmante. En efecto, el éxito de «Vencedores» —que sin los *morenos* habría sido completo—no correspondió, ni con mucho, a lo entusiasta, a lo noble de nuestra labor... ¡No hablo por mí! Dejemos aparte mi trabajo bueno o malo. ¡Pero, Calvache! ¡Ese hombre que ha hecho verdaderas filigranas en su arte, que puso todo su saber, su ilusión toda en esta obra...! En esta obra *española*. Es —pa —ño —la —, recalca — Porque todo, absolutamente todo en ella es nuestro: artistas, operador, revelado, *interiores*... Se ha hecho con todos los adelantos en cinematografía. Tiene escenas filmadas en plena noche... ¡Una lástima, creame...!

—¿Y esa hostilidad del público...?

—¡Bah! El público de Madrid es como el de un pueblo. Una tertulia de casino se empeña en echar abajo cualquier proyecto y lo tira. Empezan las habillitas, las murmuraciones y se hace ambiente. Eso es lo que ha pasado aquí. El público iba predispuesto contra Calveche y contra Orduña. Nada más. Y acogió con risas un truco que ocho días antes encontró admirable en una película extranjera. ¡Lo de siempre, señor! En España, a juicio de los españoles, nada hay bueno. Una industria cualquiera, para prosperar necesita tener un título nada español. Un artista para consagrarse tiene que salir de aquí. No le quepa duda. Por eso acabaremos por aburrirnos y alargarnos al extranjero. ¡Verá usted entonces qué bien! Claro. Sí a uno de nosotros nos contratan en Francia, por ejemplo, seremos

triplamente artistas ante nuestros compatriotas. ¡Y si nos llaman de América...! ¡Oh, entonces nos disputarán como algo sencillamente estupendo...! Yo concluiré por ahí: por hacer mis películas con elementos que no sean españoles... Ahora que... eso sí. «Vencedores» gustará en toda España. En cualquier población, lejos de mis queridísimos paisanos...

Abandonamos el tema. Las vibrantes palabras de Orduña—cargadas de razón—van adquiriendo un tono de amarga ironía. Apoyada la cabeza en alto respaldo del sillón, deja vagar su mirada por el suntuoso despacho, contraída la boca en un gesto de cansancio y desdén.

—¿Qué película fué la primera que hizo usted?

—«La casa de la Troya». Estaba yo entonces en la compañía Ladrón de Guevara-Rivelles y me hablaron de hacer un papel insignificante en dicho film. Acepté, con otros amigos en plan de broma. Nos daban doscientas pesetas y gastos. Pero ya en Santiago, se disgustó Pérez Lugín con quien iba a hacer el Augusto Armero de su novela y me lo dieron a mí. Las doscientas pesetas subieron a quinientas. Yo entonces animé a mi padre y fundé la «Goya Film».

—¿Siguió usted en el teatro?—le interrogamos.

—No, le abandoné completamente y me dediqué de lleno al cine. Hicimos «La revoltosa», luego «Pilar Guerra», «Boy» que fué la que me dió nombre...

—¿Cuántas películas lleva hechas?

—Bastantes; pero las que, a mi juicio, merecen la pena son las ya dichas y «La danzarina de Valencia», que aún no se conoce. La última que he hecho ha sido «Vencedores de la muerte», según un cuento de Alberto Insúa, reforzado por nosotros notablemente.

Y ahora hago con la «Romerito» «Una aventura de cine», de Wenceslao Fernández-Florez.

—¿Qué producción suya le place más?

Rápido, sin vacilar, nos responde:

—«Vencedores»—y añade; —A la mayoría del público le agrada más «Boy»; pero...

—Sí—le interrumpimos—hablar de Orduña, es hablar de esa película, estupenda por cierto.

—Sí, no está muy mal.. Sin embargo, en «Los vencedores de la muerte», mi trabajo es más estudiado, más consciente.

Hacemos un silencio. Los postreros rayos del sol entran por el amplio ventanal, arrancando reflejos a los dorados de la sillería y de la mesa magnífica. Un reloj, pausadamente, da cinco campanadas graves y sonoras

Nos fijamos en el estante repleto de libros, que nos sugiere la pregunta:

—¿Se dedicó usted desde luego al arte?

Rie Orduña al contestar.

¡Cá, no señor! Yo estudiaba para ingeniero de caminos y un buen día anuncié a mi padre mi propósito firme de dejar los libros por el teatro. ¡Si usted supiera la que se armó..! No hubo tiros de milagro... ¿Un cigarro..?.

Aceptamos. Y, al ir a dejar la apagada cerilla en el cenicero de sobre la mesa, esparcidas en ella muchas cartas, atraen nuestra atención. Orduña ha notado nuestro gesto de asombro y nada dice.

—¿Recibe usted mucha correspondencia?

—Sí, bastante.

—Peticiónes de fotografías...

Duda, sonriendo, sin atreverse a hablar; pero a nuestra insistencia, dice:

—Sí. A raíz de estrenarse «Boy» dediqué lo menos setecientas. Ahora, después de «Vencedores» ya llevo otras pocas..

—No se puede ser célebre, amigo Orduña...

—¡No, no es eso!—protesta rápido, con sincera modestia.—Es, lisa y llanamente, una compensación: por cada enemigo que pretendo amargarme, una mujercita me endulza la existencia.

—¿Qué actores prefiere usted?

—¿Españoles...? Josefina Tapias y la «Romerito» y Manolo González. Extranjeros, muchos. Pero sobre todos, el incomparable, el único: «Charlot». De ellas, la Talmadge, Mae Murray...

—¿Y Raquel Meller?

—Me gusta mucho en «Violetas imperiales». Luego me ha defraudado. Sobre todo en «Carmen». Ahí está Raquel vieja y fea... y mal, muy mal. Realmente, la película, en conjunto, no vale nada

—¿Qué defectos le encuentra a nuestra producción?

—Meses antes, le hubiera dicho que dos: la fotografía y la dirección artística. Ahora solo la flojedad de ésta constituye nuestro grave inconveniente. En mi viaje de visita a los estudios parisinos y de Berlín se ha agrandado considerablemente a mis ojos este defecto nuestro. Y, a medida que veo películas, más. Porque añade en brusca transición—lo único que me interesa ahora es el cine: a él voy todos los días. La música—alguna zarzuela, un concierto—me hace faltar a mi afición predilecta. La música, o un automóvil. ¡Eso de devorar kilómetros en una buena carretera...!

Ni una frase vanidosa, ni un gesto frío, ni una palabra indiferente en toda la charla. Sincero, correcto, simpático Juan de Orduña.

A sus detractores, a los honrados y nobles señores que a desprestigiarle se dedican, envío estas líneas, muy respetuosamente.

GUSTAVO DEL BARCO Y CABEZAS

Madrid-Febrero-1927.

(Prohibida la reproducción.)

Sentáronse también a la mesa las distinguidas señoras doña Juana Camacho de Toledo, doña Teresa García Rojo de S. Caarasco, doña María Barba de Merlo y la señorita Amparo del Barco.

A la hora de los brindis se dedicó un cariñoso recuerdo al compañero ausente D. Antonio M. Peñasco y a su distinguida esposa.

La comida fué espléndidamente servida por el Hotel de la Paloma.

En el décimo martes de moda se vió invadido el amplio salón del Cine Ideal por una multitud de lindas paisanas entre las que recordamos a las encantadoras señoritas Paquita, Estrella y Luz Palacios, Amelia Recuero, Anuncia, Ascensión y Concha Castell, Consuelito Morales, Elvira y Gloria Caminero, María Antonia M. Peñasco, Araceli L. Tello, Carmela Rubio, Luisa, Presenta y Carmen Sanz, Isabel y Dolores Merlo, Milagritos Rodríguez, Emilia de los Reyes, Paquita Minguillán, Consuelo Alfonso y Lola García Rojo, Amparo del Barco y Julia López.

Asistieron también las señoras del señor Juez de instrucción, de Merlo Delgado, de D. Gaciliano Merlo, de Morales (D. Francisco), Rubio (D. Sebastián), Toledo, Calabria, señora viuda de Rojo, de López Tello (D. Eloy), Aznares, Magaña, Luna, señora viuda de D. Anselmo M. Peñasco, Palacios y Calatayud.

El día 3 falleció la virtuosa señora doña Vicenta Cejudo. A su familia, y especialmente a su esposo D. Manuel Recuero y a sus hijos D. Félix, D. José y D. Antonio, enviamos nuestro más sentido pésame,

Se encuentra muy aliviado de su enfermedad el niño Manolito Montero, hijo de nuestro buen amigo D. Manuel.

La distinguida señora de D. Miguel Cruz ha dado a luz un hermoso y robusto niño.

Reciban D. Miguel y su joven esposa doña Reyes Penot, nuestra enhorabuena por el advenimiento de su segundo gémito.

Se encuentra completamente restablecido de la afección gripal, que le retuvo en cama varios días, nuestro colaborador D. Pedro Sanz (El médico poeta).

Entre las asistentes al concierto organizado por IDEAL REVISTA recordamos a las señoritas de López-Tello (don Eugenio, don Tomás y don Eloy), García Rojo, del Barco, Cornejo (don Onofre), Rodríguez (don Alfonso), Merlo (don Graciliano), Antequera, Díaz Mayordomo, Lola Recuero, Palacios, Amelia Recuero, Araceli Sánchez, Bernardo, Madrid, Peñasco (don Emilio), Caro, García Caminero, Sierra, Delga-

do, Caminero (don Agustín), Santa-María, Baeza, Solance, Calabria, Velasco y Crespo, Rodero (don Ramón), Sanz (don Celestino y don Juan José) Cortés, Garrido, Ocaña, Sánchez (don José), Cervigón, de la Torre, Caminero (don Carlos), Ballenato, de Leyva, Lozano, Luque, Castillo, Córdoba, Fernández (don J. Antonio), Villalba, Jurado, Bernarte, Huertas, Corredor, Lasala, M. Peñasco, Isabelita Rodero, Peñasco (don Federico), Caminero (don José), Sánchez (don Miguel), Pantoja (don Antonio), Fil'ol y algunas otras que nos es imposible recordar.

Señoras de Martínez Pardo, Amunátegui, López-Tello (don Eloy y don Eugenio), Rodríguez (don Alfonso), Merlo (don Graciliano), del Barco, Antequera, doña Carmen Sánchez, García Caminero, Sierra, Puebla, Delgado, Villalón, Palacios, Baeza, González (don Leónides), Muñoz, Cortés, Medina, Merlo Delgado, Toledo, Sánchez Carrasco, Ruiz (don Juan), viuda de don Anselmo Peñasco, señora del administrador de Correos, Sánchez (don Carlos), Puebla, Albi, Vasco (don Vicente) de Aznares, Villalba, Magaña, Navarro (don Miguel, Domínguez (don Luis), Rodríguez (don José), González (don Emilio) Merlo Vior (don José) y Tébar (don Joaquín).

Disculpen nuestras bellas paisanas alguna involuntaria omisión.

Ha tomado posesión del cargo de Delegado fiscal, nuestro buen amigo el culto abogado don Juan Rabadán y Pérez.

A pasar una temporada en el campo, ha salido con su señora y niños, don Alfonso G. Rojo y Merlo.

Se encuentra enfermo con un ataque gripal, el digno Juez municipal don Octavio Avila. Deseamos el pronto restablecimiento.

OCASION

Citroen

5 C. V. dos asientos

en buen estado: se vende.

Dirigirse a D. José Sánchez Rebato, Principal, 4, Valdepeñas.

Prevenirse contra la Tos

HIDROCALCINA (balsámica creosotada)

La Hidrocalcina previene y cura toda clase de catarros por antiguos y rebeldes que sean, evitando sus graves complicaciones.

La Hidrocalcina por su gran poder *balsámico, antiséptico, pulmonar, tónico y recalcificante* modifica prontamente la mucosa respiratoria alterada, reintegrándola a su estado fisiológico y recalcificando y dando fuerza al organismo, hace desaparecer la propensión a los catarros.

La Hidrocalcina cura radicalmente toda clase de tos, bronquitis, gripe (localización torácica) y belicosis.

De venta en farmacias y centros de específicos.

CATALAN

Optometrista

Gabinete de Optica

Graduación científica de la vista y consulta gratis

PÍ Y MARGALL, 6, VALDEPEÑAS

Muebles de Lujo y Económicos

Artículos de fantasía para regalos

Servicio de mesa en Cristal fino

Vajillas de Loza

Emilio González Pérez

—7, Pí y Margall, 7—

Cromos :: Molduras :: Lunas :: Aparatos para Electricidad

Farmacia Moderna

DE

A. NOCEDAL

Perpulsividad y esmero en el despacho y confección de recetas.

Dosificación exacta.

Agua oxigenada NOCEDAL.

Específicos Extranjeros y del País.

Vendas, Gasas, Algodones, Bragueros, etc.

Seis de Junio, 20

Teléfono 105

L'UNION

Compañía Francesa de Seguros contra incendios, robo, vida y accidentes

98 AÑOS DE EXISTENCIA

Subdirector para la provincia de Ciudad Real

D. Enrique Penot Donado-Valdepeñas

PLUS ULTRA SASTRERIA

TIENDA instalada en la calle Pi y Margall, 11
donde encontrarán gusto, elegancia y economía en precios
igual en géneros que por medio de muestrarios pueden elegir.

NOTA DE PRECIOS

Hechura de traje 25 y 30 pesetas, con forros 45, 50 y 55 ptas
» de abrigo 25 y 30 » id. id. 40 y 60 »

En espera de sus gratos encargos queda su afectísimo

JOSE MOYA

LINOLEUM NACIONAL
PISOS ELEGANTES PARA LA CASA MODERNA
Hijo de Francisco Alarcón— Castellanos, 6
(Esterería) Valdepeñas

COLEGIO
Institución Moderna

BACHILLERATO

Escuela graduada, con sección de Párvulos

Carreeras especiales

Único Colegio, en Valdepeñas,
incorporado oficialmente
al Instituto de Ciudad Real

Imp. de Mendoza. Valdepeñas.